

MANUEL FRANCISCO REINA

Las Gatas Lectoras,
y otros cuentos Gatunos



ediciones
del Genal

ediciones del Genal

© Textos *Manuel Francisco Reina*

© Imagen cubierta *Rafael Pérez Estrada y derechohabientes.*
Cedida por José Infante Martos (Colección privada)

Autor: *Manuel Francisco Reina*

Título: *Las Gatas Lectoras, y otros cuentos Gatunos*

Dirige la colección: *Manuel Francisco Reina*

Promueven: *Ayuntamiento de Málaga y*

Empresa Malagueña de Transportes (EMT)

Diseño y maquetación: *Nuria Ogalla Camacho*

Edita: *Promotora Cultural Malagueña*

Coordina: *Ediciones del Genal*

Colabora: *Librerías Proteo y Prometeo*

Depósito legal: *MA-551-2017*

ISBN: *978-84-16871-42-1*

Nº 8

Málaga 2017

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones del Genal.

MANUEL FRANCISCO REINA

Las Gatas Lectoras,
y otros cuentos Gatunos



El gato Cosmopolita

Kipling era un gato de mundo. No porque su cuna fuese la de los aristogáticos Siameses, ni los zarinos Azules Rusos, ni tampoco la de los dieciochescos Angora, ni mucho menos los inquietantes Abisinios. Él era sólo un gatito de provincias, corriente y moliente, como tantos que habían sido. Kipling, por los caprichos del azar, cuando tan sólo gimoteaba como un cachorro de días, había caído en manos de una pareja de hombres que tenían por costumbre, además de quererse y respetarse, hacer con el ejemplo y con la práctica de este código, de su espacio en el ámbito que habitamos, un lugar mejor. Enternecidos por el desvalimiento de aquel pequeño ser que sólo tenía por capital su desparpajo y su belleza, lo adoptaron como uno más de aquella casa y de aquella cotidianeidad suya.

Kipling, que era el nombre que eligió para él uno de los chicos por dedicarse a traducir del inglés a autores clásicos como éste, desarrolló pronto el gusto por los viajes, la adaptación a distintos sitios, y a no discriminar a otras criaturas con las que se cruzase por diferencias de especie, raza, credo, dieta —siempre y cuando no le incluyese a él en el menú—, ni opción sexual. Estas premisas básicas de convivencia, aparentemente obvias, y que a él le reportaban felicidad, no siempre resul-

taban tan evidentes con otros lugareños anclados al cosmopaletismo local, a la cerrazón en credos supuestamente tradicionales, sustentados en férrreas creencias muy poco científicas, pero atávicas y seculares. En más de una ocasión, y a pesar de su voluntad de entendimiento, se encontró con no pocos gruñidos, ladridos, amenazas herpetológicas, o, incluso, algún escobazo, que intentaba sortear con cierto maullido amable, su andar de príncipe felino, o sus puntas de Nuréyev gatuno. Si nada de esto funcionaba, una retirada a tiempo era suficiente para evitar desencuentros diplomáticos. Ya se saben que dos no pelean si uno es más listo...

No era kipling uno de esos gatos camorristas, conspiradores, que andan siempre ideando una trastada. Por el contrario gustaba de la placidez y la practicaba como una especie de devolución kármica por la suerte que había tenido. Como no siempre en la vida uno consigue lo que pretende, y en esto llegó la hora de volver de forma más o menos fija al lugar de donde procedía, con la revolución del censo gatuno de las calles de su lugar nativo, una capital de provincias, más o menos agradable, pero muy apegada aún al cotilleo intromisorio en las vidas ajenas. La noticia no tardó en volar por callejones, jardines, gateras varias, tejados y protectoras de animales. El gato pródigo volvía a casa y, aunque la curiosidad fue el ingrediente generalizado con mininos que comentaban entre ronroneos

quedó su supuesta intimidad con Kipling, también lo fue la maledicencia, la imaginación desatada y adversa en la creación, recreación o invención de una biografía apócrifa y más bien contraria al viajado congénere.

Kipling, con su mentalidad casi zen, se armó de paciencia al regresar y olfatear marcas de olor de otros gatos, empeñados en reivindicar preventivamente como suyo el territorio, en las miradas vigilantes desde ventanas y aceras, y en los maullidos y bufidos broncosos que, durante las primeras noches, oyó amenazantes tras la puerta y sobre los aleros. Intentó acercarse abandonando, intencionadamente, parte de su cuidada alimentación en el alféizar de la ventana, no mostrando hostilidad ni acusando las amenazas, pensando que, aquella actitud sería considerada como una ofrenda de paz y convivencia. Muy por el contrario, los alfas de la zona, criaturas en realidad primitivas y temerosas de perder sus posiciones de poder, lo interpretaron como signo de debilidad y sumisión. Nada le habría importado esta lectura a Kipling de no ser porque, las intromisiones comenzaron a ser más groseras y agresivas, además de francamente malolientes. Comprendió que otra debía ser su actuación y obró en consecuencia.

Era noche de luna, primaveral y casi veraniega, cuando, aprovechando que sus dueños habían

salido, dejando abiertas algunas de las ventanas superiores del dúplex que habitaban para ventilar la casa, tomó ostentosa posición en el quicio de la cornisa más visible. Tímidos pero claros maullidos de convocatoria hicieron congregarse a los gatos expectante de la zona, que al acudir, cada vez en mayor número y mayoritariamente de género masculino, aplicaban cañafotes, bufidos, amenazadores erizamientos de pelambreira, como bronca manera de demostrar dominio y preponderancia sobre el resto, y disputándose la primicia del duelo contra el recién regresado, pieza a cazar por el luminoso brillo de la envidia, que es la tristeza del bien ajeno, esa suerte de lo que nunca podrían llegar a ser ni a comprender.

Mucho menos comprendieron aquellos felinos medievales cómo, ni de qué manera, cuando eran varias decenas de gatos pendencieros los que se disputaban la primicia de darle una tunda al limpio y remilgado Kipling, aparecieron un par de furgonetas de los servicios de control de animales de la ciudad, ante la sorpresa de la concurrencia, dando buena cuenta de la mayoría de ellos, que acabaron con sus huesos en las dependencias públicas de animales. Así acabó la esperada contienda, con la victoria, no siempre habitual, de la inteligencia. Con una pasmosa y también triste calma, Kipling observó aquel espectáculo ajeno, aunque él hubiera pulsado, no casualmente, el número de teléfono

de aquellos servicios municipales, que los gatos aprenden a hacer cosas sorprendentes aunque sus amos crean que sólo sepan holgazanear...

Cuando todo se calmó, y ante la curiosa mirada de alguna felina superviviente a la redada, Kipling cruzó sus patas en el filo de la cornisa donde se había echado y se dispuso a disfrutar de la cálida noche, mientras contemplaba el blanco de la luna que, al menguar, se convierte en la sonrisa de Cheshire, como se sabe, el más elevado y mágico de los gatos.

El gato Mimético

Escayolo no comprendía el porqué de su inamovible rigidez. Sabía que era un gato, eso sí, Y que las cosas pasaban frente a sus grandes ojos sin que pudiera intervenir en ellas. Los días y las noches se sucedían con la frialdad de la inanición, sin que padeciese hambre, sed, ni deseos.

Tarde comprendió, al ser golpeado y hecho añicos sin remedio, que sólo era un gato de escayola frente a un espejo.

Las Gatas Lectoras

*Para Sura y Odisea,
las gatas de Ángeles Martín*

Ellas no eran unas gatas como otras cualesquiera. Félicas sí; de la misma familia de “*mamíferos digitígrados del orden de los carnívoros, que tienen la cabeza redondeada y hocico corto, patas anteriores con cinco dedos y posteriores con cuatro, uñas agudas y retráctiles*”, DRAE dixit, por supuesto, pero ni un paso más. Ellas eran gatas de abolengo, cultas. Gatas leídas y cultivadas durante generaciones de felinas sagradas, como las que en Egipto custodiaban los templos de Bastet. Domésticas sí; pero no domesticadas. Como la deidad pretérita solían ser beatíficas en su consciencia de especie superior, serenas y guardianas del hogar, valedoras de las hembras y sus retoños, así como de saberes antiguos, pero podían adoptar comportamientos terribles, y ser vengativas y violentas, y marcar todos los sofás, alfombras, almohadas, tapices o zapatos que se atrevieran a interponerse en sus reales caprichos.

Los días de veneración en los santos lugares de Bubastis, Saqqara, Tanis o Tebas, habían sido relegados a materia de documentales y ellas, resignadas a su nueva condición de faraonas derrocadas por el tiempo y la costumbre, consintieron en vivir

en la compañía de una bípeda humana con la que toleraban compartir la casa. Ángeles —que era el nombre de la mujer a la que las gatas, en su magnánima misericordia, habían permitido cuidarlas—, las surtía no sólo de la necesaria comida que ellas admitían con entusiasta desprecio de reinas, sino de maravillosos libros que analizaban con feroz espíritu crítico, heredado del temperamento de sus tatarabuelas gatunas de la perdida Gran Biblioteca de Alejandría, Pérgamo, Constantinopla o Córdoba.

¡Pero mira que te complicas la vida! —le decían a la humana en su silente idioma felino, apenas traducible a algunos maullidos—. ¡Con lo fácil que es ver brotar la comida de esas latitas que tú nos entregas como ofrenda sin estar todo el día de acá para allá como tú, nerviosa, atareada, fuera de ti!...

¡Y qué raros son estos amigos que tienes, y que dicen ser escritores! —replicaba la otra desmadejada en uno de los sofás del salón, con un infinito desdén...

Alguno de ellos no se expresa mal del todo para ser humanos —le contestaba Sura, la mayor, a Odissea, más joven, imponiendo su autoridad en años y vidas, a lo que la menor contestaba con un displaciente bostezo de desinterés...

Tengo que releerme mucho presocrático aún para perder el tiempo con contemporáneos —acababa zanjando la joven rebelde desde el azabache de su pelaje nocturno.

De mala gana soportaban las frecuentes visitas de tal o cual aspirante a juntaletras que aparecían por la casa de aquella dama a la que ellas regalaban con el don de su compañía. Cuando alguno de estos escritoruelos pretendidos prolongaban de más la estancia en su cercanía, ellas escenificaban el más absoluto desinterés, y se replegaban por la terraza volada y llena de plantas aromáticas, que se descolgaba, como una Babilonia reducida, frente a las vías de la urbe madrileña.

¡Qué días aquellos de Nínive y Persépolis! ¡De Tebas y Luxor! –suspiraba Sura, en la nieve radiante de su pelaje como una luna llena en contraste con la oscura y nocturna Odisea.

Sura, aceptaba su nombre puesto por Ángeles, la que se creía su dueña aunque fuese al contrario, ya que, como bien sabía por los perdidos tratados del Rey Salomón, a quien le fue concedido el don de la sabiduría, era prebenda de los hombres nombrar al resto de las criaturas del mundo. Ella respetaba aquella norma, aunque a menudo no entendía cómo a tan estúpida y descuidada especie podía habersele sido entregada tal regalía. Sólo de tarde en tarde, y mientras releía emocionada el *Poema de Gilgamesh*, *El Cantar de los Cantares*, o si sonaba alguna de las magníficas composiciones de Juan Sebastián Bach, asumía que, entre tanto limoso proceder como grupo, al que le sobraba la mayo-

ría de las veces el adjetivo “humano”, destacaba, con brillo de una de esas estrellas a las que miraba en las noches de verano, un nombre, un alma, un talento, digno de aquel poder de designar y poseer. Dignos de convertirse, por su sensibilidad, en una luz de la silenciosa y armónica bóveda celeste, como sucedía en la antigüedad con los héroes. Ángeles había bautizado a aquella gata blanca y exquisita como Sura, porque la sorprendió ojeando un bellissimo Corán encuadernado en piel y hermosas filigranas y lacerías, que le había regalado el embajador de Turquía. Tan atenta estaba en la lectura de los versículos la cachorra nivea que era, que la mujer no tuvo la menor duda en designarla con el término de aquellos versículos del libro islámico: “Sura”. No comprendía la señora que, para la gata, que venía de una larguísima cadena de reencarnaciones, hasta setentaisiete veces siete, aquello no dejaba de ser una cuestión más o menos azarosa. Sura se había especializado en teología y, aunque manifiestamente descreída y pagana, todo lo referente a las religiones monoteístas le despertaba un enorme interés por lo novedoso desde los días del culto herético a Atóm en Egipto. Tienen los gatos la ventaja de ver más allá de lo que ven los hombres, y de conocer todas las lenguas, incluso las perdidas hace siglos, y aseguran los expertos que incluso el idioma de los ángeles y los demonios. De esta forma, Sura podía saltar de un texto a

otro, sin importar su idioma, prefiriendo, siempre, las versiones bilingües o en su original. Terminó acostumbrándose pues a aquel nombre, “Sura”, que le acabó gustando por significar “verso”...

“Odi”, diminutivo de “Odisea” con el que había sido nombrada por su cuidadora, llegó una noche de tormenta en una caja de libros que se habían traspapelado en una mudanza, entre la *Teogonía* de Hesíodo, *La Ilíada* y, por supuesto, “*La Odisea*”. Sus ojos refulgían acurrucados entre los clásicos griegos, como si la mismísima noche tomara forma felina en su pequeño cuerpo aterciopelado. La asociación fue obvia y, para ser fiel a aquellos volúmenes llenos de venganzas divinas, de guerras y ardites para conquistar Troya, la pequeña y bruna gatita, se convirtió en una pérfida urdidora de maldades cotidianas como acechar agazapada bajo las camas y sillones para saltar sobre el pie desnudo de su benefactora humana, encerrarse, nadie sabe cómo en el cuarto de baño cerrando por dentro, aunque una de las visitas hubo de socorrerla entrando por la ventana, o sacando de los estantes y arrastrando hasta debajo de algún mueble, todo libro que no fuese, al menos en su origen, griego o latino.

Sura y Odi eran gatas lectoras y sumamente exigentes. De eso no cabía duda. Ningún crítico frustrado de ningún suplemento cultural podría haber articulado crítica alguna más vitriólica o afilada

que las que ellas esbozaban en un par de maullidos. Al principio les costó hacerse la una a la otra. Todo el mundo sabe que dos reinas en un solo palacio es difícil de llevar por mucho que se multiplicase en caricias y atenciones su solícita cuidadora. Pero pronto comprendieron que era mejor entenderse, mantener una cortés y gélida distancia, como si la presencia de la otra no fuese más que una casual aunque fastidiosa eventualidad de los días. Al fin y al cabo el hecho de que su servicial valedora, Ángeles, hubiera sido editora, de las primeras, y ahora agente literario, les venía de perlas para estar al día de las novedades del mundo de las letras, premios, ediciones, revistas y suplementos, chismes de tertulias, estrenos y otros arrabales de los escritores, aunque ellas seguían siendo fieles a sus clásicos. Sura a todo lo que tuviese que ver con las lenguas muertas y semíticas, mucho mejor si tenían que ver con libros sagrados, místicos, o míticos, y Odisea cualquier publicación, reedición o descubrimiento grecolatino. Odi había comenzado a leer a algún poeta griego más contemporáneo, como Kontantino Kavafis, al que toleraba por su rememoración de lo clásico. Sura por su parte, devoraba en secreto, siempre espiada por la maléfica Odisea, los poemarios de Lorca, Aleixandre o Cernuda, lectura que siempre le hacía humedecerse los ojos de emoción en las primeras ediciones que atesoraba Ángeles heredadas de los libros de su padre.

Un día, de pronto, aquel tenso equilibrio de sabias gatunas entró en crisis sin que nadie lo advirtiese. Ángeles trajo consigo un extraño objeto, una especie de caja con rejas que parecía como una de aquellas literas antiguas en las que se las paseaban con porteadoras en los días gloriosos en los que eran veneradas con respeto. Algo, sin embargo, las puso en alerta cuando, de forma estridente, se clavó en su oído la palabra maldita que denominaba el objeto: “trasportín”... Aquel agudo sonaba a la curiosidad que siempre es enemiga y natural de los gatos pero, advertidas por el refrán, pusieron cada una rumbos opuestos entre la selva de las varias bibliotecas, tratando de ocultarse de aquella conjura. No les sirvió de mucho. El hambre, y los mejores manjares gelatinosos que jamás hubieran imaginado, las tentó hasta el punto de acabar, al cabo de unas horas, las dos juntas, y bastante apretadas, en aquella celda portátil...

—¡Mira que yo sabía que con esas lecturas coránicas tuyas, acabábamos celadas y tras la celosía de algún harén o serrallo! —le decía airada Odisea a Sura.

—¡No seas burra, Odi, por esa regla de tres con tus malditos grecolatinos, estamos condenadas por algún dios y camino de no se sabe qué Averno!

Pero lo cierto es que, allí las dos, apretadas, de patas cruzadas finalmente, no alcanzaban a com-

prender la razón de ese encierro. Sí, vale, habían hecho sus divinas necesidades en los plantones de fresas que estaban a punto de madurar ya en el pequeño huertecito que con tantos desvelos cultivaba Angeles. Sí, bueno, también habían arrancado el móvil de mariposas de cristal de Murano que les había traído desde Venecia un buen amigo y se lo habían roto pero ¿tenían ellas la culpa de la ley de la gravedad? ¿Eran responsables de tener necesidades fisiológicas? Bueno vale, habían sido un poco malévolas pero ¿no eran preciosas?

¡Anda, suéltanos! —decían a coro con lastimeros maullidos, moviendo encantadoramente sus colas al unísono como hermanitas en la desventura dentro de aquella caja...

No sirvió de nada. Ángeles iba de un lado a otro haciendo paquetes, bolsas, maletas y, ellas, presas de la incertidumbre, observaban aquello fabulando si acabarían como Cleopatra, Hypatia, Juana de Arco —todo ello en versión gatuna—, condenadas por su evidente superioridad intelectual y su belleza... Una pena.

A toda aquella desazón hubo de sumársele un día de viajes en coche, trenes, niños que se acercaban a decirles boberías, perros que las olisqueaban y ladraban sin razón, y toda clase de azares inesperados. El cansancio las acabó extenuando y, a pesar de la alerta, las rindió el agotamiento.

Poco a poco se fueron despertando. No reconocían los olores, aunque había más humedad en el ambiente, como si el mar o un río estuvieran cerca. Sí identificaban la voz de su inesperada carcelera, Ángeles, que hasta el momento de prenderlas había sido tan diligente con ellas. Fue el sonido de su tono el que las despabiló:

—¡Suri, Odi, mirad vuestra nueva casa! —les alentaba.

Ellas entreabrieron recelosas sus ojos, desconfiando de que una nueva trampa estuviera detrás del amable reclamo. Lo que observaron las encandiló. Una biblioteca, enorme, con lo que les pareció un paraíso de anaqueles, estantes, y volúmenes por explorar. Ángeles abrió la puerta de la dicha a aquellas gatas lectoras que, agradecidas, roncnearon a los pies de su amiga, mientras oteaban el paraíso de celulosa y renglones impresos con los que habrían de convivir de ahora en adelante. Oyó que algunos llamaban librería a aquel lugar. Sumergidas en un océano de libros, sólo podían comprender que la vida, había sido amable con ellas, entregándoles al abrigo de quien amaba las letras.



Este librito se terminó de imprimir en la ciudad de Málaga, bajo el signo de las estrellas que rigen la Constelación de Géminis. Al cuidado de esta edición las Librerías Proteo y Prometeo.

Manuel Francisco Reina

Jerez de la Frontera (Cádiz) 1974. Poeta, narrador y dramaturgo. Realiza estudios de Filología Hispánica en Cádiz. Colaborador de opinión y crítica en medios como Culturas de La Vanguardia, ABC, crítico del cultural ABCD las Artes y las Letras, GQ, o Babelia (diario El País). Publica los poemarios *Las Liturgias del Caos*, Premio Aljabibe 2009 y *La Paternidad de Darth Vader* (2014), entre otros. Novelas como *La Coartada de Antínoo* (2005) y *Los Amores oscuros* (2012), Premio Internacional de novela Histórica Ciudad de Zaragoza 2013. En colaboración con Rosa Villacastín publica en 2014 *La Princesa Paca*, llevada al cine en 2017 por RTVE.

